

JUSTIFICAR UNA GUERRA CIVIL: LOS ARGUMENTOS DEL DIARIO ABC DE SEVILLA

Concha Langa Nuño

Universidad de Sevilla

En las siguientes páginas se pretende la aproximación al fenómeno de la propaganda en la Guerra Civil española. La propaganda, en este caso, llevada a cabo en los primeros instantes del conflicto, casi improvisada, por aquellos que apoyaron a los que se sublevaron contra el gobierno legítimo de la República. La elección del *ABC* de Sevilla no es gratuita. *ABC* fue uno de los grandes diarios con que contaron los rebeldes desde el principio del conflicto bélico. Dado el protagonismo de la ciudad para los que en un inicio se denominaron nacionales —durante un tiempo fue la mayor capital en su poder— su difusión por toda la geografía ocupada le llevó a autoproclamarse como el diario de mayor circulación en la España nacional¹. Aunque deben mantenerse las reservas sobre tal afirmación, no puede pasarse por alto que, además de esa extralocalidad de su difusión, al haber sido Prensa Española expulsada de su sede madrileña, una gran cantidad de los redac-

¹ Es algo sobre lo que se deben de mantener grandes reservas. Para conocer la evolución del periódico ver: Francisco IGLESIAS: *Historia de una empresa periodística. Prensa Española, editora del diario ABC y Blanco y Negro (1891-1978)*, Prensa Española, Madrid, 1980. Sobre el *ABC* de Sevilla pueden consultarse: LANGA NUÑO, Concha: “De la Guerra Civil a los XXV años de paz. Prensa y opinión política en la Sevilla franquista (1936-1964)”, en REIG y RUIZ ACOSTA, (coords.); *Sevilla y su prensa. Aproximación a la Historia del periodismo andaluz contemporáneo. (1898-1998)*, Grupo de Investigación en Estructura, Historia y Contenidos de la Comunicación, Sevilla, 1998, pp. 79-127. De la misma autora: “Notas para una historia de *ABC* de Sevilla desde sus inicios al final de la Guerra Civil (1929-1939)”, en ARIAS, Eloy, BARROSO, Elena, PARIAS, María y RUIZ ACOSTA, M^a José (editores), *Comunicación, Historia y Sociedad*, Universidad y Ayuntamiento de Sevilla, Sevilla, 2001, pp. 479-494; y “La prensa sevillana de la guerra civil en Sevilla. Notas para su estudio”, GARCÍA GALINDO, Juan A., GUTIÉRREZ LOZANO, Juan F., y SÁNCHEZ ALARCÓN, Inmaculada (Editores), *La comunicación social durante el Franquismo*, Centro de Ediciones de la Diputación Provincial de Málaga (CEDMA)/ Cajamar, Málaga, 2002, pp. 103-117.

tores y colaboradores de la empresa escaparon a territorio franquista pasando a trabajar en el diario hispalense. Por todo ello el periódico salió de su, hasta entonces, ámbito local/provincial, para extrapolarse al nacional; *ABC* de Sevilla ocupó el papel de *ABC* de Madrid, sin duda, uno de los principales diarios conservadores de España en los años treinta.

En este sentido, recordemos que el *ABC* hispalense nació en 1929 como expreso deseo del fundador de *Blanco y Negro* y *ABC* de Madrid, el sevillano Torcuato Luca de Tena. No pudo verlo en funcionamiento —falleció el 15 de abril de 1929 y el diario apareció el 12 de octubre dentro del ambiente «americanista» de la Exposición Iberoamericana— mas su hijo, Juan Ignacio, hizo crecer la empresa. El *ABC* sevillano fue en un principio una continuación del madrileño, con la diferencia de una potente sección local, incluyéndose por tanto dentro de los medios de orientación conservadora y fuerte defensa de la monarquía alfoncina.

La dirección de la segunda edición de *ABC* recayó en Juan Carretero y Luca de Tena, primo de Juan Ignacio y antiguo director de *El Noticiero sevillano*, diario del que procedían otros miembros de su redacción. Muy pronto conectó el rotativo con Sevilla, continuando la buena relación que ésta mantuviese con su predecesor cuya línea editorial fue idéntica. Adoptó una aptitud de crítica complacencia con el régimen de Primo de Rivera, incrementando sus contenidos políticos al final de la dictadura para apoyar a la desprestigiada monarquía. Por su parte, la II República fue una de sus etapas más complejas, suponiendo un momento de profundos cambios. Las dificultades sufridas por Prensa Española fueron continuas debido al mantenimiento de su postura ideológica de defensa monárquica, con varios cierres de ambas ediciones y el encarcelamiento de su director. Ello no intimidó a la sociedad y la combatividad de *ABC* se acentuó y no cesó hasta convertirse, en palabras de Francisco de Luis Martín, en un grupo residual dentro de una derecha a veces posibilista, o cada vez más radicalizada². A pesar de lo anterior, el periódico vio aumentar su tirada en las dos capitales.

Al iniciarse el conflicto, con el triunfo del golpe de Estado en Sevilla y su fracaso en Madrid, Prensa Española perdió su sede central³. No es de extrañar tras la

² Vid. MARTÍN, Francisco de Luis; *El grupo monárquico de "ABC" en la Segunda República española. (1931-1933)*, Ediciones Universidad de Salamanca y Publicaciones Universidad de Extremadura, Salamanca, 1987, p. 29

³ La sede madrileña fue incautada el temprano 20 de julio de 1936, apareciendo el primer número del *ABC* republicano el 25. Tras la dirección de Augusto Vivero, pasó a la esfera de

actitud adversa mantenida con el régimen anterior. A ello había que unir la participación de Juan Ignacio Luca de Tena en la organización del alzamiento y, consecuentemente, la total adhesión de la empresa a los mandos militares, en este caso, a Queipo de Llano en Sevilla. *ABC* de Sevilla volvió a publicarse el 20 de julio de 1936. Paulatinamente recuperó el aspecto habitual que había tenido desde su fundación, recobrando el 16 de agosto su portada gráfica. El esquema formal del diario no se transformó el resto de la guerra. En cuanto a sus contenidos, se perpetuaron diversas secciones anteriores y se añadieron otras relacionadas con lo extraordinario del momento, como las crónicas de guerra.

ABC contó con un importante equipó humano durante la contienda bélica. Juan Carretero y Luca de Tena siguió siendo su director hasta septiembre de 1938, fecha en la que, gracias a los poderes que la Ley de Prensa de 1938 otorgaba al gobierno, fue impuesto Luis de Galinsoga denominado por Sinova como un «director-comodín»⁴. Además de una excelente redacción, gozó de cuantiosas colaboraciones de las plumas de los más afamados intelectuales del bando “nacional” provenientes en su mayoría del sector monárquico como José M^a Pemán, Eduardo Aunós, José Pemartín, José Yanguas Messía, Félix de Lequerica, el marqués de Quintanar, Juan Pujol –aunque algunos de ellos pasaran al falangismo, caso de Giménez Caballero, Eugenio Montes o Luis Escobar–, además de otros autores falangistas como Manuel Halcón o Agustín de Foxá, a los que se añaden grandes firmas literarias o del periodismo tales que Wenceslao Fernández Florez, Concha Espina, su hijo Víctor de la Serna, Manuel Machado, José M^a Salaverría, Jacinto Miquelarena, Mariano Daranas, César González Ruano y un largo etcétera.

Durante todo el conflicto la publicación se mantuvo fiel a las consignas de los nuevos dirigentes, permaneciendo dentro de un esquema formal mecanicista típico del modelo autoritario. Desde el primer momento, sus colaboradores pusieron sus plumas al servicio de los sublevados para buscar la justificación del golpe de Estado, algo que continuó el resto de la contienda. Entre los numerosos artículos de opinión y editoriales que hemos analizado –2790–, apreciamos que el asunto de la legitimación emergió como tema central en los primeros textos –los artículos de opinión comenzaron a ser habituales desde septiembre de 1936–.

Martínez Barrio que nombró como director a Elfidio Alonso. Vid. SAIZ, M^a Dolores: «Los dos “ABC” –de Madrid y de Sevilla– en la primera fase de la guerra civil», en *Periodismo y periodistas en la guerra civil*, Fundación Banco Exterior de España, Madrid, 1987, pp. 93-112.

⁴ SINOVA, Justino: *La censura de prensa durante el franquismo*, Espasa, Madrid, 1989, p. 54.

ABC se convirtió así en un componente más en ese ambiente de legitimación en un momento en el que la indecisión o la toma de posturas podía inclinar la balanza de lo que todavía era un golpe de Estado y poco después se convierte en guerra civil, del mismo modo que en el resto de la conflagración no dejó de secundar a los nuevos dirigentes y con ello contribuyó a la creación del franquismo.

La justificación del golpe/guerra se dedujo esencial desde diferentes puntos de vista. En primer lugar porque se había producido un acto violento contra un gobierno democrático y era necesario probar su teórica ilegalidad para dar equidad a la lucha. En esos días de julio, agosto y septiembre, además de explicarse a la opinión pública las razones que habían llevado a la sublevación, se vio la necesidad de recurrir a la ayuda ciudadana ante el fracaso del golpe. Por todo ello se comenzó la ardua tarea de convencer con palabras de lo que se intentaba tomar por la fuerza. A los que estaban de acuerdo para que siguieran luchando una disputa que rápidamente se vio difícil. A los que estaban en contra, para autojustificarse y convencerles.

Salvar España

Se presenta como la primera argumentación en orden de aparición y de importancia. Los militares no se habían sublevado por intereses personales, sino ante la desesperada situación en que se encontraba la Patria. La Patria estaba en peligro y los que se habían levantado contra el gobierno indigno habían actuado para auxiliarla. Los militares alzados estaban actuando como cirujanos —aquí se hace inevitable el paralelismo con Primo de Rivera, quien fue llamado el “Cirujano de Hierro”— que iban a salvarla de una muerte segura. Así lo indicaba Muñoz San Román a finales de agosto en un texto de notable interés titulado “*El árbol sagrado de la Patria*” en el que afirmaba que «Necesitaba el árbol sagrado de la Patria una poda enérgica y radical» que no podía posponerse pues sólo unos días de espera hubieran sido fatales. Y se horrorizaba ante el recuerdo de esa enfermedad que define como «una nacional desgracia a la que todos contribuyeron con sus concupiscencias, avaricias, egoísmos, ingratitudes y satánica soberbia», a la que se añadía «la conducta de indiferentes y las escuelas sin Cristo y las familias sin moral». Ante semejante panorama el periodista exclamaba su alegría por los últimos sucesos, por ese «prodigioso leñador» y colegía «La cura es harto dolorosa; pero la salud es nuncio de vida y de inmortalidad...»⁵.

Muñoz iniciaba las argumentaciones en favor de lo que desde los primeros momentos se comenzó a denominar con éxito “Movimiento salvador de la

⁵ MUÑOZ SAN ROMÁN, J.: *El árbol sagrado de la Patria*, *ABC* 27-8-1936, p. 15.

Patria". Lo que estaba ocurriendo en España era el inicio de un "movimiento salvador" en el que, dada la situación límite, no cabían posicionamientos intermedios. En este sentido, el llamamiento a los tibios fue el objetivo principal de la propaganda en los inicios de la guerra en todos los medios, incluido ABC —en las arengas que reproduce de la radio se repiten los mismos temas que luego el diario comenta—; de aquellos que no estaban en contra ni a favor o no se decidían a tomar parte, posiblemente la mayor parte de la población. Y es que, teniendo en cuenta que sólo los que tenían una actitud política muy radical se posicionaron con o frente a los sublevados en los días de julio, la mayoría de los ciudadanos se encontraban en ese limbo político y se hacía primordial atraerlos hacia la causa. A los otros resultaba innecesario convencerlos: o se encontraban luchando en los frentes de la provincia o se hallaban encarcelados, huidos o fusilados. Para salvar a España era necesario el concurso de todas las fuerzas —ya que los militares no habían podido hacerlo solos—. Esto llevó a Pemán a escribir a mediados de agosto un artículo titulado "La hora del deber" con el objeto de pedir el alistamiento en los batallones de voluntarios. El escritor acudía a la solidaridad con los que se hallaban en la otra zona, en el recuerdo de todos, frente a la alegría que se vivía en Sevilla y Andalucía, solidaridad que debía traducirse en el alistamiento, para el que apelaba al patriotismo más sentimental: «Voluntario: soldado por fe, por impulso, por amor, por poesía. El deber ya es mucho; pero la voluntad libre es todavía más»⁶. Si Pemán acudía a la vena sentimental para solicitar la colaboración ciudadana, otros fueron más lejos introduciendo la amenaza que no se insinuó, se voceó. Lo hizo el propio periódico en un editorial de finales de julio de 1936 titulado "Claridad en las actitudes" en el que para los que «prefieren la ambigüedad espiritual, en los enroscados en la fronda del privilegio», que denominó «enemigos de la Patria española», exigía: «Atención a los emboscados; alerta a los sinuosos»⁷.

Otras llamadas fueron aún más violentas. Así lo observamos en un escrito sin firma remitido al periódico con motivo de la festividad de Santiago Apóstol. En él se encuentra un resumen de todas las culpabilidades que justificaban el alzamiento y la lucha; asimismo aparece la idea de arrancar de la Patria los males que la habían enfermado. Por su plenitud, y disculpándonos por lo largo de la cita, pasamos a reproducirlo completo:

⁶ PEMÁN, José Ma: "La hora del deber", ABC 19-8-1936, p. 3.

⁷ "Claridad en las actitudes", ABC 29-7-1936, p. 3.

«¡Católicos, Españoles y personas de orden de Sevilla y de toda España!

Ha llegado el momento de que todos sin excepción brinden su concurso personal a las autoridades militares y al Ejército que lucha para salvar a la Patria de que caiga en las garras de la anti-España, constituida por la banca judía y sus auxiliares las sociedades secretas de los masones y las agrupaciones marxistas dirigidas desde Moscú.

Contra toda esa canalla internacional hay que luchar con todos nuestros bríos, y Dios Todopoderoso premiará al que caiga en la lucha, dando su vida por salvar los principios sublimes de su sagrada religión; pidámosle con nuestras oraciones su protección y amparo y unidos todos con el Ejército, luchemos para formar un solo frente nacional contra los judíos y las logias de masones, contra Moscú y las sociedades obreras de tipo marxistas.

Muera la canalla judía internacional que sólo desea la ruina de nuestra querida España para apoderarse de sus riquezas.

Mueran las logias de masones encargadas de hacerles la entrega del Estado a cambio de hacerse ellos millonarios en los altos cargos.

Muera Moscú y el marxismo, que sólo viven del engaño de las masas obreras para explotarlas y conducir las a la esclavitud, como sucede en Rusia.

Muera esa Prensa miserable de la izquierda, que protegida con dinero de los judíos durante muchos años ha venido sembrando odios profundos entre hermanos, destruyendo las virtudes del pueblo español y su amor y respeto a sus gloriosas tradiciones.

Extirpemos con la máxima energía la gangrena que corroee las entrañas de nuestra querida Patria, y, conseguido el triunfo, estrechemos en nuestros brazos, en abrazo fraternal, a todos los buenos obreros que han sido vilmente engañados por su falta de cultura, separando a sus miserables directivos que los han explotado y que sólo merecen castigo ejemplar, y juntos todos como hermanos, construyamos una España grande y floreciente, digna de su glorioso destino, en régimen moderno de respeto mutuo de colaboración y de amor y caridad cristiana.

¡Españoles! Todos a luchar por la constitución de un Estado nuevo, donde todos podamos vivir en mejores condiciones de vida, sin ser nadie explotado, y donde los obreros tengan los medios y recursos para vivir la vida digna de un ser humano.

¡Por Dios y por la Patria, todos a la lucha, al lado del valeroso Ejército español! ¡Viva España!»⁸.

⁸ «*Para el Día de Santiago, Patrón de España*», ABC 24-7-1936, p. 9.

Como puede observarse en este artículo se realiza una completa selección de los planteamientos de argumentación más habituales, frecuentes desde entonces al final del conflicto en *ABC*. España y la anti-España, el complot extranjero —judío, masón y ruso—, el engaño a los obreros, etc. Las ideas se presentan como profundamente conservadoras, enlazando con actitudes paternalistas procedentes de etapas anteriores. De cualquier forma son temas que, en definitiva, veremos repetitivamente en las siguientes páginas en los que no faltó el agradecimiento al Ejército como salvador de la Patria. Y es que, conforme se afianzaba la situación de contienda se fue mostrando más necesario definir posturas. Se estaba a favor o en contra. Los llamamientos de las primeras semanas de choque pasaron a ataques directos a los que se denominaba tibios y a los que, se decía, buscaban una situación fácil. “Juan de Castilla” denomina a estos últimos “*Los cucos*” en un texto de igual nombre, y exigía a los ciudadanos se cuidaran de esos falsos patriotas y a los que semanas después en otro texto denominó “*Los parásitos*” en el que fue más lejos al exigir la participación en el movimiento y, si no, el castigo. Y es que, la actitud de aquellos que, diciendo estar a favor del bando nacional, no colaboran de forma real fue un asunto preocupante como demuestra la reiteración con que se insistió en las páginas de *ABC*.

España versus anti-España.

La lucha se mostraba más justificable cuando no se trataba de una disputa entre españoles. Así, bajo este argumento, se identificó el conflicto como un enfrentamiento entre los buenos españoles contra los que no merecían ese nombre. Se trataba de una pugna de la auténtica España contra la falsa, contra aquellos que la habían vendido a extranjero como certificaba el editorial del Día de Santiago que vimos más arriba. Esa fue línea elegida por el marqués de Quintanar para plantear la dualidad del conflicto: «Aquí no hay dos bandos que puedan parlamentar; de un lado está el Ejército y el pueblo español, del otro una colección de intelectuales traidores y de asesinos profesionales»⁹. La misma premisa fue compartida por Sánchez Rivera quien, en enero de 1937 mantuvo idéntico maniqueísmo: «no es lícita la clasificación de monárquicos y republicanos, sino de españoles y enemigos de la Patria»¹⁰. No era una nueva explicación para este periodista. Ya en noviembre de 1936 en un texto titulado “*La razón del triunfo*” había escrito que se hallaban ante la lucha de la auténtica España «contra unos cuantos

⁹ EL MARQUÉS DE QUINTANAR: “*La traición intelectual*”, *ABC* 13-10-1936, p. 4.

¹⁰ SÁNCHEZ RIVERA, J.: “*El nexo común*”, *ABC* 9-1-1937, p. 4.

centenares de miles de españoles —que seguramente no llegan al millón—, envilecidos o alucinados por criminales propagandas, que intentan reducir una nación de gloriosa e inmortal historia al infame rango de colonia rusa»; esa era la realidad en la que habían quedado «frente a frente *España y Rusia*. La Patria y sus enemigos. Ser o no ser»¹¹. Por tanto, el asunto de España de un lado y las potencias extranjeras por otro, habitualmente Rusia, se unió a las argumentaciones invocadas. Así, González Ruano, al hablar de bombardeo del buque alemán *Deutschland* en junio de 1937, certificaba que acciones como esa no podían ser hechas por españoles que debían tratarse de «jesos bárbaros que han invadido una parte de nuestro territorio para traer hasta la noble España los sistemas salvajes de un Oriente sombrío!»¹². Línea también muy repetida en el resto de la guerra, es innegable que de ella surge otro de los bipolarismos más constantemente apelados en la propaganda nacional: la lucha entre la civilización y la barbarie:

«La lucha que se libra en España entre el Ejército nacional y las hordas marxistas rebasa los límites de las llamadas guerras civiles. No puede ser su resultado simplemente el triunfo de un partido político frente a otro, ni de un sector nacional sobre su adversario. Ahora se disputa con las armas mucho más, infinitamente más. Se trata del combate a muerte entre la civilización y la barbarie (...) El tiempo se encargará de probar a quienes lo duden que España estuvo a punto de desaparecer como nación libre y dueña de sus destinos»¹³.

Así lo afirmaba Sánchez Rivera en otro texto titulado clarificadoramente “*Neutralidades imposibles*”. Una neutralidad que salía del ámbito hispano para alcanzar al orbe. Y no porque España lo hubiese deseado, sino porque habían sido fuerzas externas las que habían coadyuvado a la desestabilización del país. Si así se había defendido en numerosas ocasiones esta justificación, ya iniciado el conflicto, la presencia en suelo patrio de extranjeros en las Brigadas Internacionales certificaba los argumentos esgrimidos. Por ello, la censura a los voluntarios comunistas fue cuantiosa y pasó a tornarse en uno de los temas preferentes de la propaganda nacional como indican las palabras del periodista “Pedro Sevilla” que aseveraba que Madrid había sido invadido de nuevo por el francés del Frente Popular — rusos, judíos y masones—.

¹¹ SÁNCHEZ RIVERA, J. “*La razón del triunfo*”, ABC 4-11-1936, 3.

¹² GONZÁLEZ RUANO, César. “*El momento difícil*”, ABC 5-6-1937, págs. 3-4.

¹³ SÁNCHEZ RIVERA, J. “*Neutralidades imposibles*”, ABC 8-11-1936, p. 4.

Esas palabras nos remiten a otra realidad de los argumentos incluidos en *ABC* y en el resto de los medios informativos: el presentar los hechos de aquel presente en relación a otros momentos de la historia de España. El uso de símiles históricos tuvo gran éxito; la guerra que se estaba viviendo era un jalón más de la evolución histórica hispana, pues no se trataba de la primera vez que los españoles tenían que defender la Patria. Fue relativamente fácil localizar conflictos parangonables con el contemporáneo: la Reconquista, la Guerra de la Independencia; las Guerras Carlistas... «En el Alcázar de Toledo, resurgen palpitantes y llenos de vida los heroísmos de Numancia y de Tarifa y brotan por todas partes los bríos románticos y heroicos de la Reconquista» sentenciaba López Prudencio en octubre de 1936¹⁴. El paralelismo de la guerra de 1936 con la Reconquista medieval se ofreció, bajo el concepto de Cruzada, como el símil de más éxito. Se asistía ahora a una nueva Reconquista de España. Los soldados de Franco eran los nuevos libertadores de la península. Igual que en la Edad Media los caballeros lucharon contra el infiel venido del extranjero, ahora los militares batallaban contra la invasión de ideas extranjerizantes. Ignacio Suárez Somonte lo aseveraba con estas palabras: «Este es por ley providencial el destino de España: salvar al mundo de los grandes peligros de la Humanidad; entonces la salvó de los peligros de la *media luna*, y ahora la está salvando de los peligros de la *hoz y el martillo*»¹⁵.

Si España, la verdadera España, sólo se encontraba en uno de los bandos en conflicto y se luchaba contra ideas extranjeras, no cabía duda que la guerra iniciada en julio de 1936 era una guerra de Independencia. López Prudencio publicó un texto titulado “*No es guerra civil*” en el que defendía que era una guerra de independencia porque en una guerra civil se luchaba en ambos bandos con la misma bandera y el mismo amor a la Patria, todo lo contrario que en España. En estos términos era inevitable el rememorar la primera guerra de Independencia vivida entre 1808 y 1814 contra el invasor francés. Ahora los españoles debían luchar contra otro tipo de invasor; el invasor soviético como hacía constar Sánchez Rivera en diciembre de 1936. La evocación de guerras pasadas se completaba con el recuerdo de las Guerras Carlistas. Claro que, según José Ibarrola en su texto “*1836-1936*”, existía una sustancial diferencia que separaba ambos conflictos: en la primera sólo luchaban españoles que deseaban su honor y no parricidas que habían regalado España a Rusia. Argumentos, en suma, para distraer de una realidad que iba ganando en dureza al consolidarse las posiciones militares de ambos contendientes y que presagiaban una larga guerra.

¹⁴ LÓPEZ PRUDENCIO, J: “*Enseñanzas*”, *ABC* 8-10-1936, p. 3.

¹⁵ SUÁREZ SOMONTE, Ignacio: “*Sevilla, nueva Covadonga*”, *ABC* 11-9-1936, p. 3.

La República culpable

Ciertamente fue éste el asunto predominante entre todos los tratados por la amplitud, la permanencia y la cantidad de artículos que no cesarán hasta el final del conflicto. Y es que, si bien se estaba justificando la agresión a un gobierno democráticamente elegido, la causa nacía de esa misma institución, origen de todos los males que habían llevado a este punto sin retorno. Era su deslegitimación lo que con más fuerza legalizaba la sublevación y, de modo lógico, motivó la mayor cantidad de opiniones adversas.

Se llegó a afirmar que no existió sublevación como tal y que el alzamiento militar se dio como una acción de legítima defensa. Esas afirmaciones provienen de quien participase en la conspiración para el golpe de Estado, el presidente de Prensa Española, Juan Ignacio Luca de Tena en septiembre de 1936 en el artículo "*Cara a la nueva España*":

«Hay que proclamar a la faz del mundo que el movimiento patriótico español no ha sido una sublevación militar. Los sublevados eran y son ellos: los rojos. Los gobiernos del Frente Popular son los que se han salido de su propia legalidad, que los demás españoles acatábamos resignados. La nefasta Constitución de 1931 era combatida por medios legales que ella misma establece, y fueron ellos, los Gobiernos de izquierda, quienes quebrantaron las escasas normas civilizadas que contiene en sus capítulos...»¹⁶.

Las palabras de Luca de Tena no tenían viso de exageración si nos atuviésemos a las informaciones publicadas por *ABC*. A unas semanas del golpe, el periódico había advertido en un editorial del inminente peligro revolucionario que la sublevación había cortado: «Unos días más, y a pretexto de la Olimpiada de Barcelona, movilizados y distribuidos por España los elementos comunistas, se hubiera producido la revolución roja, que concienzudamente se venía preparando, al amparo de las autoridades del Frente Popular»¹⁷.

Además del peligro revolucionario que acechaba el horizonte, el régimen se vio como malo en sí mismo. La República, como organismo, había nacido deficientemente y se había agravado gradualmente. Aunque el análisis de la imagen de

¹⁶ LUCA DE TENA, Juan Ignacio: "*Cara a la nueva España*", *ABC* 9-9-1936, p. 3.

¹⁷ Se refiere a la Olimpiada Popular que se organizó en esta ciudad como respuesta a la Olimpiada de Berlín de ese año 1936, utilizada por la propaganda nazi para demostrar la superioridad de la raza aria. "*Claridad en las actitudes*", *ABC* 29-7-1936, p. 3.

la República en *ABC* supera el espacio de esta comunicación por su amplitud, qué duda cabe que se hace indispensable dedicarle unas palabras. Como decíamos, la imagen de la República era la de un ente negativo en sí mismo que había nacido condenado. Por ello, algunos autores veían en su derrocamiento un fin inevitable. Así, Francisco de Cossío simplificaba el problema afirmando que el régimen que se estaba intentado derrocar ya estaba muerto antes de la sublevación de julio de 1936: «La República nació muerta, precisamente por la pugna y rivalidad de partidos, por el afán de preponderancia de las distintas fuerzas, por el deseo de absorción de los que se creían más puros e incorruptibles...»¹⁸.

Además de esta pronta desaparición, *ABC* insistió en todos los elementos que habían ayudado a su nefasta labor destructora. El periódico, siguiendo las directrices oficiales, insistió en que los Gobiernos republicanos habían seguido las consignas soviéticas y que ambos, la República y Rusia, eran los causantes del conflicto. Observando la situación en la otra zona Francisco de Cossío argumentó «España en estos momentos, está sirviendo de doloroso laboratorio, en el que se elabora el antídoto salvador contra el veneno comunista»¹⁹. Un recurso más para presentar al Ejército como libertador y al gobierno republicano como culpable, entre otras muchas cosas porque, al actuar así no habían aceptado la auténtica voz del pueblo que se manifestó, según un editorial de finales de julio de 1936, en el “movimiento salvador”:

«Ahora, al estallar impetuoso e insaciable el salvador movimiento del 18 de julio, el señor Azaña, sus torpes gobernantes y los parricidas conductores del rebaño embaucado, lejos de acatar el patriótico anhelo sentido por casi todo el país, han preferido en su ciega codicia de Poder y servil obediencia a designios soviéticos, armar al pueblo para ofrecer carne de cañón a una empresa que necesariamente ha de prosperar para bien de España y de la civilización»²⁰.

Así pues, el discurso de *ABC* se centró en el descalificativo que repartió en general o en particular. Desde las ideologías del contrario, especialmente de los partidos reunidos en el Frente Popular, a los que las ostentaban. Desde el régimen en general, a sus representantes en particular. En este reparto de insultos llegó un momento en que se hizo incluso difícil encontrar calificativos para los enemigos.

¹⁸ COSSÍO, Francisco de: “*El Frente Nacional*”, *ABC* 11-9-1936, p. 3.

¹⁹ COSSÍO, Francisco de: “*Traficantes en venenos*”, *ABC* 25-9-1936, p. 6.

²⁰ “*Dos conductas que conviene confrontar*”, *ABC* 30-7-1936, p. 1.

Es lo que llevó a "Juan de Castilla" a quejarse en varios textos por no encontrar palabras para describir a: «esos hombres encanallados y viles y traidores, entregados al extranjero, que han vendido a España y a los malvados, ignorantes y sin entrañas que la están destrozando con sus crímenes monstruosos»²¹.

Ahora bien, aunque fue habitual el que se incluyese a todos los adversarios en el mismo saco y se hablase de ellos como "los rojos", mostrándose el bando gubernativo como si fuese un todo homogéneo, se tuvo cuidado en hacer algunas diferenciaciones: no podía ser igual las responsabilidades de los gobernantes, de quienes habían formulado las órdenes, y de quienes se habían limitado a obedecer. A unos correspondía el haber inculcado las ideas y la maldad; y a otros, el haberse dejado llevar desde su ignorancia. La oposición entre los políticos y el pueblo no fue especialmente abundante, pero sí reiterada. De nuevo acudimos a las palabras del redactor "Juan de Castilla" para comprender cómo se llevó a cabo este discurso. En su artículo "*La vergüenza de la desvergüenza*" aseveró que los crímenes cometidos por las masas ignorantes había que achacárselos, más que a ellas, a los que las envenenaron con sus predicaciones. Sobre estos últimos, los verdaderos culpables, el periodista se explayaba y, en el mismo texto, ofreció una primera lista de aprovechados en la que citaba a orondos abogados, intelectuales oficiosos —junto con los políticos quizás el sector más denostado—, tráfugas, magnates servilones, políticos aventureros, etc. Las palabras del redactor se refuerzan con las de otros colaboradores del periódico abriéndose el abanico de matices en esta imagen extremadamente maniquea. Una dicotomía que se hizo paternalista e insultante en J. Fernández Mayoral:

«¡Canallas! ¡Farsantes! ¡Criminales! ¿Por qué despertaron los instintos perversos del niño bueno, el pueblo? ¿Por qué no respetaron la fe y la esperanza de su sueño dulce? ¿Qué ambición personal y satánica les inspiró tanto mal y tanta destrucción para, cuando la han conseguido, coincidir con el sentimiento de la civilización cristiana, eso era: fe y esperanza, y caridad...»²².

Pero la difamación no era suficiente para acabar con el enemigo, quizás porque era un enemigo demasiado poderoso con muchos simpatizantes en el propio territorio. Quizás también por la fuerza de la propaganda contraria cuyos ecos debían llegar. Quizás también, porque las palabras se veían en demasiadas ocasio-

²¹ "JUAN DE CASTILLA": "*Se necesita un adjetivo*", ABC 7-10-1936, p. 3.

²² MAYORAL FERNÁNDEZ, J: "*De la España tradicional. El "cacho de palo"*", ABC 24-12-1936, p. 4.

nes contradichas por los hechos. Aquí es donde la opinión se convierte en contra-propaganda y esta conforma uno de los más amplios sectores de textos insertados en *ABC*. Si la imagen del enemigo es la de un monstruo terrible, la propia debe ser la inversa. Así lo hicieron varios colaboradores de *ABC*, como Francisco Bomantí de Codecido en mayo de 1937, al negar los asesinatos del bando nacional atribuyéndolos a la falsa propaganda republicana. Como complemento se respaldó absolutamente las acciones propias. Esta fue la línea seguida por la mayor parte de los que opinaron en *ABC*.

Crueldad, desventuras y heroísmos

Aunque se podría considerar como una parte del anterior apartado, el recurso a mostrar la crueldad del enemigo, por su reiteración y carácter, tuvo una entidad propia. El discurso de propaganda prodigado desde *ABC* a favor de la causa nacional según las técnicas mecanicistas unió a la temática ya apuntada el registro de emotividades bien calculadas. Sin perder el compás con lo anteriormente descrito, se buscó abrir sentimientos con miras a lograr repulsas o lástimas contadas sobre la base del comentario de hechos concretos. Ni que decir tiene que se silenciaron los excesos de los "leales". Por el contrario las acciones de las fuerzas republicanas —realmente crueles a veces— se magnificaron. De este modo, a la manera de una representación literaria en un solo sentido se ponderaron con insistencia injusticias, desmanes, y heroísmos.

Es lo que explica que se hicieran gravitar en torno al asesinato de Calvo Sotelo el 13 de julio de 1936 el pretexto último del alzamiento militar y que su figura se convirtiese en el primer mártir de la guerra o, más exactamente, en el "protomártir". José M^a Pemán fue quien dio el título de "mártir" a Calvo Sotelo el mismo día de su muerte en un artículo que, por su dureza, debió ser censurado pues era un llamamiento a las armas. Pensamos que no es casual que este viera la luz en octubre de 1936. En él se decía:

«España, la verdadera España —no esa cosa oficial que usurpa su nombre—, tiene desde ayer un mártir. De esto, del mártir de España que es desde ayer Calvo Sotelo, no hay nada que decir. Primero, porque no es permitido. Segundo, porque todo lo dice con su propia e incomparable elocuencia el mismo hecho brutal, De eso no hay nada que decir: ¡Hay mucho que hacer! ¡Y por Dios y por Santiago que se hará!»²³.

²³ Escrito para *Acción Española* de Madrid, fue publicado en *ABC* 23-10-1936, p. 3.

En esa onda, conforme se produjeran las primeras bajas, aparecerán los “mártires” que se irán multiplicando por días. En 1936 los primeros, los aviadores sevillanos Tomás Murube y Sebastián Recasens; el príncipe Carlos de Borbón y Orleans; el periodista Manuel Bueno; el torero y falangista “El Algabeño”; etc., etc., cuyos necrológicas se enaltecieron al grito de ¡Presentes!

Pero donde esta temática ofreció una propaganda más elocuente es en las crónicas de guerra, y en ciertos artículos de opinión. Una fórmula habitual consistía en narrar “terribles sucesos” de los que eran culpables los “monstruos rojos” conforme se iban ocupando poblaciones. Para el caso, recurrimos a la descripción de José López Prudencio acerca de lo sucedido en un pueblo en Extremadura. En él, con extremado realismo, detalló los «refinamientos de crueldad que las hordas marxistas han empleado con los niños» narraba las imágenes de pueblos desiertos, de niños asesinados al lado de los cadáveres de sus madres; violaciones de niñas de ocho, de seis años; o el «cuadro de un niño de tres años, fusilado con sus padres, abrazado fuertemente a un juguete infantil». El artículo terminaba con la siguiente conclusión: «España por fortuna lo sabe. Su ejército glorioso lo está demostrando heroicamente y cumple la misión ecuménica de libertar al mundo de esta pesadilla»²⁴. Qué duda cabe que estas crónicas de terribles matanzas iban destinadas a alentar odios y venganzas —y en ello jugaron un relevante papel las charlas radiofónicas de Queipo de Llano—. Mas, al mismo tiempo, justificaban el empleo de idénticos métodos e imprimían fuerza moral para practicar la destrucción del enemigo.

Indudablemente no todos los relatos fueron tan crudos, aunque sí muy numerosos en los primeros meses de la lucha. Luego se empleó un nuevo género: el relato de los huidos de la “zona roja”. En *ABC*, que había perdido su sede madrileña y acoge en la sevillana a sus redactores fugados, existía especial incidencia de títulos sobre los padecimientos de la capital. Así lo atestigua el redactor Alberto Martín Fernández, “Juan Deportista”, en su columna “*Madrid bajo el fantasma rojo*”, o Jacinto Miquelarena, quien llega a firmar en los primeros meses tras su fuga con el seudónimo “El Fugitivo”. Dos ejemplos de las numerosas experiencias de los españoles de aquel tiempo, la mayoría vividas en silencio, otras contadas en las páginas de los periódicos. En general, relatan los hechos que vieron, siempre terribles, y cómo dejaron sus casas y ciudades, destruidas por la guerra y la desidia de los gobernantes de la otra zona. A ellos se unen los testimonios de los que, después de la conquista de poblaciones republicanas, comentan su estado. Y, en todos, se relatan las persecuciones que estaba sufriendo una gran parte de la población.

²⁴ LÓPEZ PRUDENCIO, J.: “*España lo sabe*”, *ABC* 6-10-1936, p. 3.

Un tormento que se había iniciado ya antes del 18 de julio. En este sentido es esclarecedor el que Jacinto Miquelarena dedicase su primer artículo en *ABC* a los terribles "paseos" inaugurados, según él, con el de Calvo Sotelo.

Este tipo de justificaciones no se circunscribieron a los primeros meses de contienda, sino que fueron habituales en todo el tramo estudiado. Así, por ejemplo, Giménez Caballero escribió en mayo de 1938 un texto en el que se resumen todos los argumentos:

«Cuando los rojos han entrado en un pueblo cualquiera de España, lo primero que han hecho ha sido esto: Incendiar la iglesia, destrozar las imágenes, asesinar al sacerdote, perseguir las monjas. Cuando los rojos se han apoderado de un pueblo cualquiera de España, su segundo enemigo lo han encontrado en esto; Atacar, matar, y martirizar al que representase el principio militar. (Retirados del Ejército o jefes en activo, Guardia civil o de Asalto, militantes de Falange o Requeté) (...) su tercer objetivo ha sido este: Linchar y descuartizar al que representara la función social de creador de trabajo. (Patronos, arrendatarios, comerciantes, empresarios.) (...) su cuarta misión ha sido esta: Aniquilar cuanto representase la continuidad de la tradición de España. (Palacios señoriales, fusilamiento de aristócratas, incendios de propiedades mayorazgas.) (...) su quinta saña la tuvieron con esto: Destrozar al obrero o campesino que se hubiese manumitado de la tiranía marxista, que se hubiese nacionalizado, españolizado»²⁵.

Tales razonamientos se mostraban como el mejor argumento propagandístico. Se trataba de enfrentar a la barbarie la civilización. En definitiva, la propaganda franquista presentó el conflicto como un enfrentamiento entre dos verdades absolutas: lo bueno y lo malo o, como más habitualmente se dijo: la civilización y la barbarie.

El ataque a la religión

Este tema podría considerarse también como una sección del punto anterior. Entre las numerosas crueldades cometidas por los enemigos, y presentada como una de las más execrables, estuvo la agresión a los principios, personas o sentimientos religiosos. Teniendo en cuenta que el problema religioso ya se había presentado como uno de los principales puntos de fricción entre los republicanos y sus

²⁵ Subrayado del autor. GIMÉNEZ CABALLERO: "Avisos a nuestro pueblo. Esta guerra y España", *ABC* 22-5-1938, p. 3.

adversarios desde el comienzo del régimen y, teniendo en cuenta también, la existencia real de una persecución a eclesiásticos por determinados elementos de la zona leal, esta hostilidad se distinguió pronto como una de las principales bazas de la propaganda nacionalista y así se reflejó en las páginas de *ABC*. Pero, dadas las implicaciones que la religión y específicamente, la Iglesia católica, tuvo en la evolución política de la guerra, se comprende porqué esta materia la presentamos en un punto aparte. Una guerra que para José M^a Pemán era «un choque, acaso definitivo, del materialismo marxista y el espiritualismo cristiano. Y lo mismo es ante los ojos: un choque de la materia y el espíritu; de las masas y el valor; del dinero y el ideal...»²⁶.

El problema religioso se presentó desde varios aspectos. De entrada, como una pugna anterior a la contienda y, con ello, como otra causa de la rebelión. Los republicanos, con su política antieclesiástica pusieron la semilla de la conflagración iniciada el 18 de julio. De nuevo eran culpables por haber sembrado la discordia y la barbarie que los militares habían intentado contener. De hecho, fueron muchos los que llegaron a afirmar que «La revolución española ha sido fruto de la descristianización». Una descristianización con responsables muy claros, a decir de un autor que mantiene su nombre en el anonimato:

«de los hombres que se decían más cultos, pervertidos desde su juventud por una minoría parapetada detrás de la institución libre de enseñanza (...) hacían llegar su acción corruptora al pueblo por medio de una Prensa impía y blasfema y fomentadora de todas las bajas pasiones e instintos más depravados...»²⁷.

En una retórica que sublimaba los valores católicos como los únicos de la España verdadera, los asesinatos de eclesiásticos en la zona republicana no podían faltar. Esos religiosos y religiosas se conmutan en mártires al morir defendiendo su fe hasta el último momento siempre en actitud heroica. Sirva el caso contado por Mayoral Fernández sobre el sacerdote Mariano Guerras, quien fue arrancado de su casa y «después de un martirio horrendo le dijeron: ¡“Vuélvete para fusilarte!”», a lo que contestó: Tirar a la cara. Los valientes mueren dándola. ¡Viva España! ¡Viva Cristo Rey!»²⁸. Siguiendo esa pauta, en enero de 1937, se publicó una carta del obispo de Córdoba, Adolfo Pérez Muñoz, en la que estimaba la entereza de esos

²⁶ PEMÁN, José M^a: «*Estampas de la guerra. Los sapos de hierro*», *ABC* 6-11-1936, p. 4.

²⁷ X: «*Remedio a nuestros males*», *ABC* 26-12-1936, p. 17.

²⁸ MAYORAL FERNÁNDEZ, J: «*Los sacerdotes mártires. Muerte de un vidente*», *ABC* 6-10-1936, págs. 3-4.

curas que habían muerto perdonando al igual que Jesucristo y confortando a sus compañeros de martirio.

La destrucción y el ensañamiento contra los edificios y las imágenes religiosas se incluyó en el mismo capítulo. La destrucción de estos objetos, magníficas obras de arte en su mayoría, se situó a igual plano que la muerte de los religiosos y en ese sentido relató Luis Escobar su entrada en el Seminario de Nuestra Señora de las Mercedes en la zona del Frente norte. Escobar ofrecía las imágenes de una destrucción que dolía en lo más profundo a los españoles católicos. Unos sentimientos que hicieron inclinar la balanza de muchos que, no convencidos políticamente, reaccionaron ante el miedo de esas persecuciones religiosas.

La perfecta España de Franco

En aquel flujo de ataques al gobierno de la República el mecanismo de ABC se ocupó también de persuadir de que todos los problemas existentes en la “zona roja” desaparecerían al “liberarla” las fuerzas nacionalistas. Con ese propósito, simplemente se presumió del restablecimiento de la paz que el Frente Popular había destruido. Después se contrapuso el orden al caos “revolucionario rojo” y frente a la “barbarie” la “civilización” garantizada en la perfecta España de Franco. Como indicó Francisco de Cossío en septiembre de 1936, cada ciudad reconquistada por el Ejército español marcaba un contraste de conductas, procedimientos y moral: «Es el salto de la civilización a la barbarie que vamos viendo cada día y que, de un modo práctico, evidencia el sistema de dos políticas, la destructora y la constructora»²⁹. O como dijo José López Prudencio en octubre de ese año, la España de Franco impartía una lección a los que la traicionaron:

«La lección de los hechos ha sido tan dura para con ellos, como elocuente para el mundo civilizado. España se ha levantado de su postergación y ha demostrado a esos intelectuales, y al mundo entero, que su pretérito no es una fábula estéril, porque lo reproduce con fecunda eficacia, en el presente»³⁰.

Se trataba de la “*Gran lección*” acerca de la que escribió Sánchez Rivera después de visitar, en diciembre de 1936, varias provincias, unas en zona nacional desde el alzamiento, otras, bajo el yugo marxista varios meses, cuyo parangón era «sobremanera aleccionador»:

²⁹ COSSÍO, Francisco de: “*Traficantes en venenos*”, ABC 25-9-1936, p. 6.

³⁰ LÓPEZ PRUDENCIO, J: “*Enseñanzas*”, ABC 8-10-1936, p. 3.

«En las provincias sometidas a la Junta de Defensa, primero, y al Gobierno del generalísimo Franco, después, el orden público y el respeto a personas y bienes ha estado y está enérgica y eficazmente asegurado en todo momento. No se ha registrado en su territorio un asesinato, ni un incendio, ni un saqueo. Todos los ciudadanos pueden dedicarse a sus ocupaciones habituales sin temor a crímenes ni vejaciones. Tanto los patronos como los obreros, los ricos y los pobres, los sacerdotes y los seglares, desarrollan sus actividades respectivas sin ilegales injerencias, sean del Poder público o de organizaciones sindicales: Son libres, en suma. Por cruel contraste en las ciudades y los pueblos que tuvieron la desgracia de caer, más o menos tiempo, bajo la barbarie roja, la tragedia de su vida –si a esto puede llamársele vivir– ha sido dantesca...»³¹.

Es el mismo maniqueísmo de siempre que, entre verdades y fabulaciones, se prodigó según se convertían en noticia los diversos frentes de guerra y sobre el que se multiplicaron las referencias.

El resultado era la nueva España de Franco, en cuyas gentes, según Enrique Suñer, se distinguían tres grupos en víspera de la Navidad de 1936: el del conjunto de compatriotas que habían padecido el cautiverio rojo, directa o indirectamente; el de los que luchaban en los distintos frentes; y finalmente el tercero, que correspondía «a esa gran masa feliz, que no sufrió ninguna de las pesadumbres padecidas por los anteriores». Según el periodista, los dos primeros grupos no iban a consentir, «Por fortuna para España», la terapéutica de los paños calientes. «Los 30.000 –creemos que muchos más– fusilados en Madrid, según estadística reciente, lo impedirán (...) Todos los sacrificados de nuestros pueblos y ciudades y campos de batalla se opondrán a la blandura»³².

Una España, la de Franco que, a juicio de Muñoz San Román, testimoniaba los valores excepcionales del pueblo y la raza hispanos: «¿Qué otro pueblo de la tierra puede mostrar el orgullo más digno y verdadero de poseer tan elevados dones de superioridad como este nuestro pueblo, por cuyas venas corre un torrente de sangre tan heroica como humanitaria, tan valerosa como saturada de generosidad, tan prolífica como apasionada y austera?»³³. Valores en los que no se podían descartar la vertiente religiosa como pone de manifiesto la descripción de la Misa del Gallo en el frente que realizara Ernesto Giménez Caballero en

³¹ SÁNCHEZ RIVERA, J: "La gran lección", ABC 24-12-1936, p. 5.

³² SUÑER, Enrique: "Por España. I. Clasificación de españoles", ABC 22-12-1936, p. 3.

³³ MUÑOZ SAN ROMÁN, J: "Las virtudes de la raza", ABC 13-10-1936, p. 4.

diciembre de 1936, misa cuya llamada desde la campana de una ermita, motivaba los insultos desde la otra trinchera.

Así pues, una comparación entre las dos zonas, en las que se dividió España durante el conflicto planteada como uno de los mejores medios de propaganda. Comparación reiterada pero, al entender de algunos —como Salaverría—, harto absurda e innecesaria. Cualquier extranjero que llegase a España y desembarcase en la zona republicana podría observar, con sólo ver un pelotón de milicianos, el estado precario de una sociabilidad en derrota. En cambio, ese mismo observador, si desembarca en Coruña, Vigo, Sevilla, o llegase a San Sebastián inmediatamente se daría cuenta «de que ha penetrado en un país normalmente constituido, donde todo se halla en orden y sujeto a las leyes legales de una justa autoridad»³⁴.

Hasta aquí este repaso por los argumentos esgrimidos por *ABC* referidos a las justificaciones del levantamiento del 18 de julio. Aunque no cesaron en todo el conflicto, poco a poco, convertido el alzamiento en enfrentamiento que se prolongaba en el tiempo, las opiniones se dirigieron a glosar las maniobras bélicas y sus progresos. A partir de estos argumentos podemos apreciar las siguientes conclusiones.

En primer lugar, la desesperada necesidad, vital, de justificar las acciones del ejército rebelde y legitimar una sublevación ilegítima, especialmente para el público interior, cuya adhesión se apremia, más que para el exterior, donde la propaganda republicana era en exceso exitosa.

En segundo, el basar esas justificaciones en el ataque a lo anterior; el régimen republicano, ofreciendo el alzamiento como la respuesta ofensas reiteradas; como un acto de *legítima* defensa.

En tercero, lo maniqueísta y simple de esos argumentos: el bien contra el mal, civilización o barbarie, o la existencia de españoles en sólo uno de los bandos.

Unas argumentaciones encauzadas en seis vectores principales: la necesidad de salvar a España de una agresión concreta; el enfrentamiento de la verdadera España con otra, falsa, negativa o vendida al extranjero; el responsabilidad de las actuales circunstancias en el régimen republicano por su política contraria a los principios nacionales y a los intereses hispanos; la labor salvadora del Ejército contra unos actos de crueldad y violencia injustificables entre los que tomó un lugar central las ofensas a la religión y a sus símbolos; para, finalmente, oponer a todo ese caos de violencia y sangre como mejor legitimación, las actuaciones propias.

³⁴ "CAPITÁN NEMO": "El mapa de las dos Españas", *ABC* 20-2-1937, p. 3.